

Pepitas de calabaza s. l.
Apartado de correos n.º 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

© Paco Cerdà, 2020

© De la presente edición, Pepitas ed.

Cubierta: Martín Santos Yubero

Grafismo: Julián Lacalle

ISBN: 978-84-17386-50-4

Dep. legal: LR-I-2020

Primera edición, febrero de 2020

PACO CERDÀ

El peón

Los peones son el alma del ajedrez.
François-André Danican Philidor

*Si la partida tiene un destino,
ellos son los juguetes del destino;
si bien a veces, por ironía,
el destino depende de ellos.*

Ezequiel Martínez Estrada,
Lírica social amarga

Nunca un peón es solo un peón. Confinado a un tablero y con los movimientos limitados a su gregaria condición, integra un bando, sirve a un rey, obedece a una mano.

El peón blanco que avanza dos casillas para comenzar la partida —un peón que sueña con alcanzar el octavo escaque y convertirse en dama, que sueña con ser él y ninguna otra pieza la que aseste el jaque mate, que sueña con romper su destino cincelado de peón— tiene detrás a un joven larguirucho de dieciocho años criado en Brooklyn, con pinta de Brooklyn y aires de Brooklyn. Su fama lo precede: arrogante, genial, impredecible. Obsesivo, excéntrico. Ambicioso. A su lado, junto al tablero, una pequeña bandera de barras y estrellas corona un cartel identificativo con siete letras mayúsculas: Fischer.

El contraste sobrecoge. Sentado frente a él hay un español de corta estatura, calvicie pronunciada y dentadura de posguerra. Su mirada anda a ratos perdida, la boca entreabierta. Su actitud parece indolente, cuasi abúlica por momentos. Es su carácter, ya sea frente al tablero blanquinegro o delante de la correspondencia que cada día ordena en las grises oficinas postales de Ciempozuelos. En realidad solo tiene 31 años, pero ya parece viejo. La época de su gran fama quedó muy atrás y el tiempo, implacable, la ha desleído. La ha disipado hasta reducirla a un cerco, una sombra, un eco. Sin conmiseración. El rótulo que asoma debajo de la banderita rojigualda con la siniestra águila negra estampada en el centro tiene cinco letras: Pomar. Pero hay un nombre, con tantas letras como peones negros tiene antes de elegir el tercero por la derecha para

ejecutar su primer y osado movimiento —una defensa siciliana ante el maestro de las sicilianas—, que lo perseguirá hasta la tumba: Arturito.

Es 10 de febrero de 1962 y ha empezado la novena ronda del Torneo Interzonal de Estocolmo, con sus veintitrés ajedrecistas refugiados del invierno sueco en este cálido salón del restaurante Tre Kronor. La de Fischer contra Pomar parece una partida más. Solo una más de las 258 que vivirá este torneo clasificatorio para el campeonato mundial. Sin embargo, nunca una partida es solo una partida.

2. 2f3 2f6

La cita secreta ha terminado. Era frente al cine de la plaza Manuel Becerra de Madrid, entre el gentío de una encrucijada de calles que favorece el encuentro furtivo de dos camaradas comunistas en misión clandestina. Unos minutos de charla con el reloj dando las cuatro, los papeles comprometedores cambian de mano, se concierta otra entrevista. Uno se marcha sabiendo que acaba de delatar a su compañero. El otro coge el autobús de la línea 18. Tras la ventanilla va declinando el último sol caliente de este 7 de noviembre de 1962. Madrid huele a otoño.

El hombre se acomoda en el asiento. Está feliz. Es el sentimiento que le genera el deber cumplido, la disciplina acatada. Siempre fue así. Por responsabilidad dejó los estudios a los catorce años para colaborar en la economía familiar. Por obediencia al Partido aceptó su propuesta de preparar oposiciones y entrar en el Cuerpo General de Policía. Por lo mismo emprendió el exilio tras la guerra y, ya en Cuba, acató el humilde trabajo de repartir folletos y propaganda comunista. Por entrega a unos ideales no ha dudado en correr el riesgo de asumir esta misión, a pesar de que en la fotografía que siempre lleva encima estén esas tres chicas, ahora en Francia, que nunca paran de sonreírle con la mirada en él clavada: su mujer Angelita y sus hijas Lolita y Carmencita, de diez y nueve años, con el pelo a lo *garçon* y tiradas sobre la arena de la playa.

El autobús continúa su vía crucis urbano, de estación en estación, como aquel camino que va del prendimiento a la crucifixión y la sepultura. Con las manos sobre la cartera, el hombre va recitando para sus adentros ese canto de Neruda a Stalingrado ya

memorizado de tantas veces como lo ha leído: Y el español recuerda Madrid y dice: hermana, resiste, capital de la gloria, resiste: del suelo se alza toda la sangre derramada de España, y por España se levanta de nuevo, y el español pregunta, junto al muro de los fusilamientos, si Stalingrado vive: y hay en la cárcel una cadena de ojos negros que horadan las paredes con tu nombre, y España se sacude con tu sangre y tus muertos, porque tú le tendiste, Stalingrado, el alma cuando España paría héroes como los tuyos. Ella conoce la soledad, España, como hoy, Stalingrado, tú conoces la tuya. España desgarró la tierra con sus uñas cuando París estaba más bonita que nunca. España desangraba su inmenso árbol de sangre cuando Londres peinaba, como nos cuenta Pedro Garfias, su césped y sus lagos de cisnes.

El poema sigue. El autobús se detiene. Pero a él no le dejan bajar. Uno de los policías encubiertos que viajan en el autocar, casi vacío, lo agarra del brazo y lo devuelve al asiento. Solo bajará cuando ellos se lo ordenen, antes de llegar a la parada de la glorieta de Cuatro Caminos. Entonces lo suben a un coche camuflado y lo conducen a las dependencias de la Dirección General de Seguridad. A sus sótanos de frío y humedad, de sangre y terror. Fotos, huellas dactilares, la ficha. Más pasillo, otra habitación. Y la primera declaración: Me llamo Julián Grimau García, soy miembro del Partido Comunista y me encuentro en España cumpliendo una misión de mi Partido.

El Madrid que olía a otoño ahora exhala aromas de invierno con Julián Grimau en prisión. Un jersey tejido a mano y unas zapatillas calientes. Eso le ha mandado su esposa desde Francia a la penitenciaría de Yserías. Querida Angelita: he recibido el jersey. Es muy bonito y de abrigo. También las zapatillas. Te lo agradezco mucho, pero esto es mucho gasto para ti y esto me inquieta.

Tiene otros motivos para el desasosiego. El día de su detención acabó arrojado por la ventana: escayolas desde los hombros hasta los dedos, piernas semiparalizadas, osamenta destrozada en

la parte izquierda del rostro. Se va recuperando. Pero le aguarda un trance peor: un consejo de guerra. El régimen lo acusa de delitos cometidos durante la Guerra Civil en su papel de jefe de la Brigada de Investigación Criminal, por sus acciones en la checa de los sótanos del número 1 de la plaza Berenguer el Gran de Barcelona. Le imputan torturas y complicidad con numerosos asesinatos en la retaguardia. Él insiste: Nunca he matado ni torturado a nadie. En prisión, a su abogado Amandino Rodríguez le recalca que no hay nada de qué arrepentirse. Le dice: La vanguardia no puede detenerse. Siempre ha sido una minoría vanguardista, la más preparada y consciente, la que se sacrifica por los demás, a pesar de las actitudes de esos demás. Es el sacrificio de esa vanguardia consciente el que ha hecho caminar la historia. Aunque, téngalo presente, esa vanguardia honesta es la que se quema o desaparece en la lucha en beneficio siempre de los otros. Y en el peor de los casos, en beneficio de emboscados y burócratas. Es como en el campo de batalla. El héroe nunca disfruta de la victoria, porque por regla general, salvo contadas excepciones, perece en el empeño. La victoria la usufructúan otros: los calculadores, fríos en su cobardía, que permanecen a buen recaudo en la retaguardia.

La llovizna acompaña la entrada a los juzgados militares de la calle del Reloj. Las escaleras suben a la sala de vistas del segundo piso, pero el *atrezzo* arroja la escena a las catacumbas de la Historia. A la izquierda, el fiscal militar, un comandante con uniforme, sable y voz atronadora. A la derecha, el defensor militar, con rango de capitán, y el abogado civil. En el tribunal, con un crucifijo sobre la mesa, el coronel presidente está flanqueado por un comandante ponente y cuatro capitanes vocales. Aroma castrense para juzgar actos de una guerra librada un cuarto de siglo atrás. El peón viste traje azul, camisa blanca y corbata azul. Delgado, pálido, ligeramente encorvado y medio calvo; así lo retrata José Antonio Novais, corresponsal de *Le Monde*. De pie, oye la petición del fiscal: pena de muerte. El juicio acaba. Esa noche, el consejo de guerra condena

a muerte a Julián Grimau por un delito de rebelión militar continuado que empezó el 18 de julio de 1936 y acabó el 7 de noviembre de 1962 con su detención en el autobús. De nada sirve la presión internacional: las manifestaciones en las grandes capitales, las gestiones del Vaticano, el telegrama de Kruschew a Franco rogando un humanitario gesto. El Consejo de Ministros no hace uso de su derecho de gracia. Grimau está sentenciado.

Ha llegado la hora, la jugada final. En la cárcel de Carabanchel, el peón se despide de sus amigos y camaradas. Les dice: Yo solo os pido una cosa a todos: manteneos unidos, sed firmes, continuad luchando aquí dentro, y cuando salgáis dejad a un lado lo que os puede separar y colocad en primer lugar lo que os une a todos: la lucha por el triunfo de nuestros ideales.

Es madrugada. Lo cargan en una camioneta militar. Oscuro está el campo de tiro de Carabanchel. Son las cinco y media de la mañana del 20 de abril de 1963. Ya han pasado 8.785 noches desde el cautivo y desarmado. Solo han pasado 164 días desde el último viaje en el 18 con Neruda cantando a Stalingrado en la mente de un hombre feliz, disciplinadamente feliz. Los faros de los vehículos alumbran la pieza señalada en la casilla más indefensa. Un pelotón de trémulos soldados de reemplazo, jóvenes peones de quién sabe qué bando, prepara la captura. Carguen, apunten, fuego. Las veintisiete balas no bastan. Hacen falta tres tiros de gracia del oficial al mando, y quién sabe si será verdad lo que aparece en algún escrito: que esa puntilla a bocajarro le persiguió al teniente toda su vida, como velo que cubre el alma, como sombra que aguarda a cada esquina, hasta condenarlo a las tinieblas mentales de un psiquiátrico. La obediencia, la disciplina: dejarse llevar ya es en sí una decisión. En el suelo, con los ojos sin vendar por voluntad propia, yace el peón: la vanguardia que nunca puede detenerse, la vanguardia honesta que se quema o desaparece. El último muerto de la Guerra Civil viste un jersey tejido a mano y calza unas zapatillas calientes.

3. 2 c3 d5

Dos mundos separa este puente de hierro, suturado con miles de remaches en sus vigas arqueadas. La construcción recuerda a un estrecho tubo: 128 metros de largo, solo 22 de ancho. El puente Glienicker es un larguísimo pasillo enjaulado en sus lados y con el cielo abierto que empieza en Berlín y acaba en Potsdam. Justo en su divisoria, donde algún soñador ha colocado una placa que reza Puente de la Unidad, una raya con barreras a ambos lados delimita la frontera oficial entre Alemania oriental y Berlín occidental. Tal vez sea la representación más concreta y exacta de la Guerra Fría, con las aguas del río Havel pasando bajo la pasarela ferruginosa. El helor de febrero perfora la mañana en este escape clave de Mitteleuropa.

Faltan ocho minutos para las nueve y hay un peón en cada extremo del puente. Es la hora para Francis Gary Powers.

La historia en mayúsculas es conocida: Gary Powers, piloto del Ejército estadounidense reclutado por la CIA para misiones secretas, es derribado con su avión espía U-2 en pleno vuelo de reconocimiento fotográfico sobre la Unión Soviética. Ese 1 de mayo de 1960 había despegado de Peshawar, Pakistán, y debía recabar información de todo el territorio soviético hasta aterrizar, nueve horas después, en Bodo, en el litoral norte de Noruega. Pero los soviéticos lo han detectado en mitad del trayecto, y un misil ruso ha estallado junto a su aeronave, tiñendo el cielo y la cabina de color naranja, precipitando la tragedia. Gary Powers pierde el control del avión, salta al vacío en paracaídas, cae en Sverdlovsk, unos granjeros lo descubren, lo apresan y lo entregan a las autoridades. Al pi-

loto norteamericano lo conducen a la prisión de Lubianka, cuartel general de la KGB. Comienzan sesenta y un días de interrogatorios a fondo y en régimen de aislamiento para obtener información del espía. Lo someten a juicio en Moscú. De pie en la imponente Sala de Columnas que preside un enorme escudo comunista, rodeado de rusos y con la tensión en la mandíbula, el piloto —traje, corbata, el pesar en la cara— se defiende. Se presenta como hijo de una familia trabajadora muy humilde y tan alejada del capitalismo como cualquier soviético, asegura que no ha votado nunca en las elecciones de su país y, ante todos los presentes y las cámaras que lo graban para la Historia, confiesa su espionaje, pide perdón, lamenta haber arruinado una cumbre nuclear y una visita del presidente Eisenhower a Moscú, y se declara profundamente arrepentido. Logra así esquivar la pena de muerte. La condena es de diez años, en parte gracias a la línea defensora de su abogado de oficio, un soviético que apenas habla inglés y que insiste en que Francis Gary Powers no es sino un peón caído en un tablero donde otros mueven las piezas y deciden los movimientos.

Lleva preso un año y nueve meses. Casi medio año en la temible Lubianka; el resto, en la prisión de Vladimir, cinco horas al este de Moscú, en una celda compartida con un preso político letón con el que mata el tiempo jugando al ajedrez. Allí lleva un diario personal. Escribe bastante. Le tortura la ausencia de cartas de su esposa: Eso es lo que me está volviendo loco, no puedo dejar de pensar en ello, me está matando lentamente, necesito mucha ayuda, consigna. En su penúltima entrada en el diario, 28 de enero de 1962, escribe: La gente tiene que luchar y morir para que los hombres ricos puedan hacerse más ricos. Algún día habrá algo de justicia en el mundo, pero supongo que muchos hombres tendrán que morir antes de que eso pase. Por supuesto, las grandes industrias están tan de acuerdo que no importa quién gane una guerra, las empresas se benefician siempre. Unos párrafos más adelante, Gary Powers, el americano, deja escrito una especie de testamento

político en forma de augurio: Más y más países pequeños mirarán hacia el Este porque no reciben nada más que pobreza del Oeste. La ayuda extranjera de los Estados Unidos por sí sola podría haber hecho maravillas para unir a las pequeñas potencias con Occidente si esa ayuda se hubiera usado correctamente. Pero en lugar de asistir a la gente, anota, la ayuda ofrecida se usó para comprar el apoyo de los gobiernos de esos países a costa del progreso de sus habitantes.

Han transcurrido trece días desde que escribió estas palabras y ahora Francis Gary Powers se halla en un extremo del puente Glienicker.

La escena, inmortal con o sin brumas, lo ve desfilarse en solitario por ese angosto pasillo de acero y cruzarse con Rudolf Abel, el coronel soviético de la KGB que Estados Unidos libera en este canje de espías, esencia de Guerra Fría, al que se añade un estudiante americano liberado justo antes en el Checkpoint Charlie. Uno camina hacia el Telón de Acero, el otro marcha hacia el llamado mundo libre. Son casi doscientos pasos. ¿Qué piensa? ¿Qué piensa en un momento así un peón movido, zarandeado, por la Historia? Un pobre chico de treinta y dos años, criado en el pequeño pueblo de Pound, Virginia, verde, montañoso, con ríos y arroyos que vadean la densa calma del lugar, donde todo el mundo lo conoce a él, el chico robusto que ha sido socorrista de piscina, que hace espeleología, que pesca, caza y se pierde por las altas montañas de los Apalaches para contemplar los frondosos valles de un mundo tan pequeño y repetitivo, pequeño y repetitivo. Un chico que a los catorce años pagó dos dólares y medio por un vuelo corto en una feria a las afueras de Princeton y quedó arrebatado por el aire, y es de Pound y de su industria minera que todo lo ensucia, ennegrece y contamina de donde saldrá volando para alistarse en la Air Force, y de ahí la llamada de la CIA, y la misión secreta, y las consecuencias de una mala jugada que otros han pensado y ejecutado por él.

Un paso delante del otro en el puente Glienicker. ¿Qué piensa uno en ese trance? Seguramente nada, o como mucho que no se arruine la jugada en curso. Mejor eso que pensar que en breve se irá al traste su matrimonio. O que en Estados Unidos su figura no desprende, precisamente, el perfume épico del héroe militar. Que lejos de aquellos instantes iniciales en los que Pound se llenó de periodistas en busca de la conmovedora historia del piloto desaparecido en territorio soviético, las cosas iban a cambiar y la sombra de la traición, o de la cobardía, iba a planear siempre sobre él. Pregunta el *Sunday Herald Tribune* de Nueva York: ¿Por qué, sabiendo que ni él ni el U-2 debían caer en manos hostiles, no se inmoló junto al avión? ¿Por qué Powers no usó la aguja con veneno que tenía en la mano? ¿O la pistola que tenía con él? La revista *Newsday* le niega su derecho al cobro retroactivo del salario por el periodo de encarcelamiento. Nuestra recomendación, dice un editorial de la revista, sería no. Fue contratado para hacer un trabajo y fracasó en él. Dejó atrás su U-2, sustancialmente sin daños, para que los Rojos pudieran copiarlo o mejorarlo. Bajo estas circunstancias, el pago retroactivo sería ridículo. Tiene suerte de estar en casa otra vez. Cualquier cosa que pueda aportar sobre los rusos será bien recibida. Pero él no es un héroe, y no debe ser considerado como tal. La Casa Blanca tiene toda la razón al no llevarlo a una reunión con el presidente Kennedy, sostiene la revista.

El peón que avanza por el puente berlinés, con Rudolf Albel ya a su espalda —dos mundos tan idénticos en su diferencia—, aún no conoce los contornos de la soledad que le espera cuando pasen las tres semanas de interrogatorio de la CIA, la comparecencia ante el Senado y el recibimiento festivo en su condado de Wise: música de las bandas escolares, medalla de ciudadanía, ochocientos vecinos alegres. Francis no puede ni imaginar cómo es el difuso perfil de esa sombra de cobardía, desertión o traición que nunca se disipa cuando a un peón le exigen el sacrificio com-

pleto —la aguja, el veneno, luchar y morir— por el bien del bando, y no es suficiente con soportar la cárcel a ocho mil kilómetros de casa, el sufrimiento de una ruptura matrimonial, la pérdida del trabajo, la angustia vital, el miedo en soledad.

FUENTES

Este libro nació con la premisa de que ni una sola palabra atribuida a sus protagonistas ni el más nimio detalle de las historias narradas fueran producto de la imaginación del autor o de una recreación novelesca. Igual que ocurre con el ajedrez, la crónica no admite ni trampas ni atajos. Lo contrario es su jaque mate.

Para rastrear la vida de Arturo Pomar han sido de insustituible apoyo las tres biografías escritas sobre el ajedrecista español. *La vida de Arturito Pomar* (1946), de Juan Manuel Fuentes y Julio Ganzo; *Artur Pomar, jugador d'escacs* (2009), de Jeroni Bergas; y *Arturo Pomar. Una vida dedicada al ajedrez* (2009), escrito por Antonio López Manzano y Joan Segura Vila. A los autores de estos dos últimos trabajos les traslado mi especial gratitud y mi reconocimiento por su labor minuciosa y profesional, que me ha facilitado la tarea de una manera incalculable. Han completado la base documental principal la hemeroteca de la época, la consulta de boletines oficiales militares con la ayuda del teniente coronel Juan José Crespo Esbert, los vídeos del nodo, el documental *El cartero genial*, del programa Informe Robinson, el documental *Arturo Pomar, la solitud d'un geni*, emitido por el canal balear IB3, los apuntes del maestro Richard Guerrero Sanmartí, los comentarios y artículos del emblemático periodista Leontxo García, un interesante texto académico del investigador Juan Escourido, de la East Carolina University, y la información más íntima proporcionada, muy gentilmente, por Eduard Pomar, hijo de Arturo.

Para extraer los episodios básicos de la vida de Bobby Fischer y acercar al lector algunos documentos aún no conocidos en español, han sido muchos los libros consultados. Especial mención merece la biografía escrita por Frank Brady: *Endgame. El espectacular ascenso y descenso de Bobby Fischer*. Asimismo, la escucha, transcripción y traducción de algunas intervenciones radiofónicas o televisivas de Fischer han sido fundamentales para reproducir sus palabras exactas. La hemeroteca, de nuevo, ha

jugado un papel decisivo. Pero conviene destacar otros materiales, como los trabajos de los profesores Joseph G. Ponterotto y Jason D. Reynolds, de la Fordham University, o el libro de E. J. Rodríguez titulado *Bobby Fischer: el ajedrez es la vida*. La consulta de los libros que leía Fischer en su etapa de mayor fervor religioso y antisemita, como *Los protocolos de los Sabios de Sión* o los ejemplares de la revista *Plain Truth Magazine*, ha permitido extraer el torrente de pensamientos religiosos de Bobby en 1962. El libro de George Steiner *Campo de fuerzas* sobre la final de Reikiavik, el vídeo de la rueda de prensa inaugural antes de la revancha Fischer-Spassky, de 1992, así como una entrevista televisiva a Bobby en su último vuelo hacia Islandia, han posibilitado reconstruir fielmente aquellos momentos. El libro *Bobby Fischer comes here*, de Helgi Olafsson, desgana interesantes detalles sobre sus últimos años en Islandia.

Para revivir al detalle la partida entre Pomar y Fischer en Estocolmo, así como todo cuanto rodeó aquel Torneo Interzonal de 1962, ha sido fundamental la investigación realizada de la mano de Peter Holmgren, historiador del ajedrez sueco. Como un detective sin tarifa y enamorado de su pasión, Peter se ha movido durante casi dos años —con generosa e inexplicable paciencia— entre documentos de la época y consultas a viejos ajedrecistas para poder reconstruir con la mayor exactitud posible horarios, emplazamientos, ambientes y hoteles que rodearon esa partida olvidada por la historia. La hemeroteca ha contribuido a esta recreación fidedigna, así como la consulta de fotografías antiguas de la capital sueca. Una reconstrucción jornada a jornada del Torneo Interzonal de 1962, realizada *ex profeso* con tabla de Excel mediante, ha permitido comprobar, por primera vez, la evolución real de Arturo Pomar en la clasificación de este torneo. Para el análisis ajedrecístico de la partida Fischer-Pomar, los comentarios de Luis Antón Ruiz, jugador del Club de Ajedrez Burjassot, y la complicidad entusiasta de Rafael Arroyo Viguer, miembro del mismo club y vicepresidente de la Federación de Ajedrez de la Comunitat Valenciana, han sido de una ayuda inestimable.

Para la parte histórica relativa a Estados Unidos en 1962, con el trasfondo de la Guerra Fría y la lucha por los derechos civiles, cada episodio narrado ha exigido la consulta de abundante bibliografía, hemeroteca, vídeos o documentos disponibles en internet. Sería imposible, además de poco útil, enumerarlos uno a uno. Pero, por su relevancia, merecen ser destacados algunos. La tesis doctoral de Jon Coburn, en la Northumbria University, sobre la historia y la memoria